

La poesía de Blas de Otero reflejo de una época

«La poesía parece un juego y, sin embargo, no lo es. El juego reúne a los hombres, pero olvidándose cada uno de sí mismo. Al contrario, en la poesía se reúnen los hombres sobre la base de su existencia».

(HEIDEGGER - HÖLDERLIN)

El que la obra de Blas de Otero acontezca apenas concluye esa vasta y destructora conmoción de la vida española que es la guerra civil de 1936 es ya un dato premonitorio para abordarla en su cabal significado.

Leyendo a Blas de Otero uno evoca aquellos conocidos versos de Walt Whitman: «Camarada: ésto no es un libro. El que lo toca, toca a un hombre».

Esta dramática personalización de una obra hace que en este momento se inicie una nueva cala hermenéutica a partir de la sociología del conocimiento.

Recordemos:

¿Qué contenido subyace a esta varia, proteica escritura de Blas de Otero? Lo escrito en la primera parte quiso ser una respuesta a tal demanda antropológica.

¿Cómo, con qué material estético se nos sirve este contenido? La segunda parte desenredó la complejidad de una estética con pretensiones de totalizar lo humano.

Ahora se pretende investigar la correlación de éste —llamémosle— pensamiento poético y la existencia concreta. Se trata de encuadrar cronológicamente una idea, un modo de conciencia dolorida y crítica que, si en algunos aspectos puede parecer socialmente superada, en otros sigue estando rigurosamente presente por reflejo de una época.

¿Por qué encontramos tales y tales contenidos en la obras de Blas de Otero, obra que corre paralela a los incidentes de la vida española desde la inmediata posguerra a nuestros días? Hago esta pregunta al conjuro de la sociología del conocimiento de Manhein.

Permítaseme la petulancia de decir, con la modestia que se quiera, que no sé de nadie que en nuestro país haya aplicado tal sistema de conocimiento a la obra de un poeta.

Aquí, aparte cualquier otra interpretación valiosa, trato de hacer hincapié en el encuadre sociológico de una obra. Resaltar el egocentrismo, argüir el disparate, subrayar la patología tal vez nos proporcionaría una apasionante investigación psicológica de la personalidad de Blas de Otero. Pero otra será la cuestión con que nos encaramos: las raíces objetivas de sus contradicciones van a encontrar su mejor ilustración en las contradicciones internas de un determinado contexto históricosocial. Bueno sería evitar extrapolaciones de géneros (que la poesía cayera manipulada por la filosofía), pero no será ningún disparate pensar que la comprensión de un texto es algo más que una función immanente al mismo. Un cierto pavor a estas excursiones mentales suele apresar a algunos críticos que acotan escrupulosamente su investigación sobre los lexemas del texto, forma, etc., sin advertir que se mueven en un código de escandalosas referencias inesquivables.

Recientemente Torrente Ballester ha hablado de un «nuevo modo de leer» que responde «a una experiencia que lo abarca todo, la que se tiene del pasado y del presente, de la historia, de la vida, del arte y también a ese tejido inextricable en que se incluye lo que se cree y lo que se espera, lo que se comparte y lo que pertenece a título intrasferible»¹.

Y del escritor, ¿qué, a qué proceso interior nos es dado asistir durante la gestación y ejecución de su obra? Por lo pronto, un escritor no accede al conocimiento del mundo externo en estado puro, sino con ciertas imbricaciones sociales y psicológicas. No reconocer este método de pensamiento, merced al cual fraguamos nuestras opciones más importantes e intentamos diagnosticar al destino personal o colectivo es calificado como una monstruosidad por Manhein².

Ocurre, pues, que hay formas de pensamiento que escaparían a una adecuada comprensión si sus orígenes sociales permanecen oscuros³. Es verdad que sólo el individuo es capaz de pensar y crear, pero para la perspectiva de su comprensión total ha de tenerse como referencia una génesis plural: son los hombres, en grupos determinados, los que presentan una capacidad de respuesta a determinadas situaciones típicas. He aquí que un escritor, por el hecho de estar incurso en una sociedad, se encuentra, por una parte una situación ya dispuesta y, por otra, modelos de pensamiento y conducta ante tal situación⁴.

1. TORRENTE BALLESTER, G., *Los clásicos recuperados*, en *¿Existe una cultura española?* Cuadernos para el diálogo. Extra XLII, agosto 1974, 12.

2. MANHEIN, K., *Ideología y utopía* (Madrid, Aguilar 1973) 4.

3. Haciendo una recensión de la vida intelectual del último cuarto de siglo español se ha escrito: «Si se nos permite insistir en lo personal y ponemos como «casos», lo que sí es evidente es que en las agitaciones y calmas de nuestro país las biografías de los intelectuales han resultado muy directamente afectadas por aquéllas» (TOVAR, A., «Gaceta I.», 13 octubre 1974, 19).

4. *Ibid.*, 5.

TRANCO PRIMERO

«Es preciso que volvamos a la modestia y al riesgo. Es preciso que el crítico renuncie a juzgar con seguridad y comparta la suerte de los autores».

(SARTRE, *Variaciones*)

Desde luego que no es fácil seguir fríamente a Blas de Otero en una escritura, como la suya, que pone azogue en las sillas de todos los catedráticos.

¿Qué encuentra la joven sensibilidad de Blas de Otero...?

*Europa, amontonada sobre España, en escombros;
sin norte, Norteamérica, cayéndose hacia arriba,
recién nacida Rusia, sangrándole los hombros;
Oriente, dando tumbos y el resto, a la deriva.* (RC)⁵.

Esta es la situación internacional en la década de los años cuarenta. ¿Cuál es el clima espiritual que se respira en nuestra país? Todavía en 1955 expresa, refiriéndose a España, este deseo:

*Haz / habitable tu ámbito.
Respirable tu extraña / paz.* (PPP)

De 1939 a 1945 corre todo un tristemente inolvidable capítulo de historia española en la que se pretende superar cualquier tipo de sectarismo excluyente y fortalecer la convivencia. Dos modos hay —viene a decir Blas de Otero— de abordar el quehacer de la historia: *apuntalando ideas renqueantes; cimentando nuevas bases en que asentar la vida* (HFV).

No hay más remedio que admitir algo desolador: que el cataclismo mencionado reduce a menos de un tercio el personal productor de cultura al par que, como triste secuela, surgen acechadores controles de incomunicación⁶.

En tal coyuntura, ¿debe el poeta ser portavoz de la cultura oficial? La respuesta no puede en modo alguno ser unívoca (ya expuse en la primera parte lo resbaladizo de esta cuestión) y, en el caso concreto de Blas de Otero, puede decirse que conviven diversas manifestaciones culturales. Toda manifestación debe gozar intrínsecamente de cierta autonomía (ya lo sabemos), pero para centrar la cuestión digamos algo perogrullesco: que la cul-

5. Abreviaturas para citar algunos libros de Blas de Otero en el presente trabajo: RC: *Redoble de conciencia*; PPP: *Pido la paz y la palabra*; HFV: *Historias fingidas y verdaderas*; QTE: *Que trata de España*; AFH: *Angel fieramente humano*; HM: *Hojas de Madrid*; M: *Mientras*.

6. RIDRUEJO, D., *La vida intelectual española en el primer decenio de la posguerra*, revista «Triunfo» (extra sobre «Cultura de la España del siglo xx», n. 507, 17 junio 1972, 71).

tura dominante va pareja, en España como en otros países, a los grupos de posición hegemónica en la sociedad. Es obvio que en tal caso la cultura queda sesgada por instrumentalizarse al servicio del orden establecido. Habrá de reconocerse que son efectos condicionantes, no determinantes, los que va a provocar el ambiente social sobre la actividad artística. Otro es el caso y no infrecuente: cuando la innata voluntad de rebelión y progreso de un escritor remite, se debilita o, al menos, gira hacia un conservadurismo infecundo por sentirse él plácidamente integrado. (Estoy pensando, como paradigma, en la paulatina regresión que incide sobre la conciencia del escritor liberal español —tan matizada en las obras de Larra y Espronceda— durante el reinado de Isabel II por mor de los privilegios que el liberalismo disfrutaba desde 1834).

Lo cierto es que la etapa previa a nuestra contienda catapultó en el plano mundial un selectísimo y brillante puñado de sensibilidades españolas.

Guerra: trágica mordaza; pum-pum: abajo la cultura.

Tras la guerra civil (con sus secuelas de ruina moral y exilio de algunos de nuestros prohombres de la cultura) comienza a restaurarse con algún rigor la vida intelectual.

En tal trance, encerrarse cada uno en su llanto o recuerdo es vergonzoso. *Todos tenemos que trabajar, juntarnos*, dice y agrega: *Existe todavía millones de hombres cuya soledad es un lujo* (AFH).

Superar las deficiencias del pasado. Realizarse hacia el futuro. ¿Cómo? La revista *Escorial* (nov. 1940) se abre con el noble afán de crear una conciencia integradora desde las disparidades. Otros propugnan mantener a todo trance la homogeneidad lograda en la gran traca sangrienta del 36.

Están cerrados los caminos que llevan a Europa. Esto facilita aún más un cierto dirigismo oficial en el ámbito de la cultura. Queda anonadarse, queda sumirse en la docilidad de un silencio.

A fines de 1950 nos llega, por fin, un reconocimiento internacional. Las Naciones Unidas, con voto favorable de Norteamérica, revocaban la resolución del año 46 que había recomendado el no mantenimiento de relaciones con España, así como la prohibición de pertenecer a organismos dependientes de la ONU⁷.

La vida intelectual sigue siendo pavorosamente lánguida, al contrario de lo que sucede en torno a revistas de ultramar. Tema preocupante: el llamado «problema de España» y el ser y destino de los españoles.

7. Esta etapa de superación del aislamiento tiene constancia en acontecimientos concretos:

- En 1951, España ingresa en la Organización Mundial de la Salud. OMS.
- En 1951, en la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. (FAO).
- En 1952, ingreso en la UNESCO.
- En 1953 se firma el Concordato con la Santa Sede y los convenios defensivos de ayuda económica con los Estados Unidos.
- En 1955, ingreso en la ONU y en 1958 en la Organización Europea de Cooperación Económica (OCDE), en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial.

En las filas de la vieja militancia del integrismo católico cobra relieve la polémica entre tecnocracia e ideología⁸.

Persisten las duras condiciones de vida en el pueblo que todavía conoce, acaso más aliviado, el racionamiento y la dificultad de encontrar vivienda. Pero asomarse hoy a las hemerotecas de la época es caer en una trampa: parece vivirse en una perpetua luna de miel con la realidad y se ponderan de modo orgiástico las cotas de bienestar alcanzados.

Alguien puede preguntarse todavía qué tiene que ver todo esto con la obra de un poeta. Bastará que lea la de Blas de Otero para que advierta hasta qué punto de escalofriante fidelidad golpean sobre ella los vaivenes de nuestra sociedad.

El mismo Blas de Otero dirá:

*La realidad me llama con la mano. / La realidad me dice /
así es la vida, / yo soy la semilla / de mí misma. Dame /
tu mano. Y caminemos (QTE).*

En seguida nos daremos cuenta que estamos ante una palabra con capacidad de hermenéusis y respuesta frente a su contexto situacional.

España es el típico país de costra católica y escandalosas desigualdades sociales estereotipadas.

*El país de los ricos rodeando / mi cintura y todo lo demás.
(AFH)*

No parece discutible que la misma religiosidad que respiran los libros de Blas de Otero responden más a una inmersión ambiental, dentro del pintoresco resabio de anticlericalismo hispano, que a una asimilación subjetiva (poema *Mediobiografía*, de HFV).

De acento fuertemente dramático es la religiosidad que asoma, como se sabe, en los escritos de sus primeros libros: el trienio de la guerra civil lo ha provocado y en Blas de Otero se hace vivencia hasta el patetismo. En el primer decenio de la posguerra el país asiste a una religiosidad de signo abarcador: todo el ambiente se permeabiliza por la exaltación sacral —¿inooperante?— de lo que en cliché podemos llamar nacionalcatolicismo. Ello suministra una concepción festiva del calendario y un difuso sentimiento de, a veces, vaga religiosidad. No es difícil admitir esto en la obra de Blas de Otero si hemos decidido incrustar cualquier modo de pensamiento existente en el ámbito del suceder colectivo.

El hombre, al vivir en grupos, no puede limitarse a coexistir físicamente; actúa en y contra otros dentro de la variada relación humana y, simultáneamente, piensa con y contra otros⁹.

De acuerdo al peculiar carácter y posición de los grupos a que pertenece se esforzará por mantener, unas veces, o cambiar, otras, la naturaleza y la

8. DIAZ, E., *Pensamiento español 1939-1973*, Edics. Cuadernos para el diálogo (Madrid 1974) 127.

9. MANHEIM, K., *ob. cit.*, 6.

sociedad. Todo esto trae consigo una visión particular del mundo, acorde con las circunstancias en que se inscribe cada actividad. Aceptar esto es reconocer el vínculo genético de la sociología del conocimiento con la tesis marxista sobre la interdependencia entre la base social y la superestructura, tesis a la que sirve de ilustración esta poesía.

Blas de Otero en el poema en prosa *Manifiesto*, dice así: *Fingió desentenderse de los hombres y ha penetrado en todas las clases, ideologías, miserias y pugnas de su tiempo* (HFV).

Que todo juicio humano puede ser lastrado por valoraciones ambientales, es claro. Pese a afinarse la relación entre la actividad y el conocimiento, en la obra de Blas de Otero —por tratarse de poesía como género literario— huelga plantearse el problema de la objetividad de la ciencia sociológica.

Este tipo de poesía tiene mucho que ver con este concepto tan escurridizo de una ideología; si ésta engloba el conjunto de opiniones y actitudes que, arrancando de un sistema de valores, determina el objetivo de la acción sobre el plan social, la poesía de Blas de Otero desmiente el pretendido crepúsculo de las ideologías.

Cómo se adopta un sistema de valores, cómo se seleccionan los hechos de la realidad y, sobre todo, su interpretación dependen mucho del medio social, de la tradición cultural, etc. Lo forzosamente admisible es que con este bagaje de sensibilidad y conocimiento accede el hombre-poeta al ámbito de la realidad.

Se dirá que su verdad adolece de subjetivismo. Ciertamente e inevitable. ¿Cómo dar cabida a la verdad objetiva? Manheim se protege de tal dificultad con el «cálculo de perspectivas» por la «inteligentsia». Si todo conocimiento en la sociedad surge desde una perspectiva o ángulo dado, tal conocimiento es limitado, parcial. Schaff¹⁰ cree que hay una presuposición epistemológica tácitamente admitida por Manheim: que la verdad es la verdad absoluta en el sentido del conocimiento total del objeto; acontece que, en consecuencia, es inmutable, puesto que es imposible e inútil añadirle más. Esto significaría que se renuncia a la posesión de tal verdad en favor de la teoría de la verdad-proceso, hasta llegar a reconocer el mosaico total del conocimiento de la sociedad¹¹.

Y así, como en un vaivén de angulares enfoques, en la obra de Blas de Otero se transita desde una etapa intelectual sumida en asfixiante egolatría a graves preocupaciones sociales. Tampoco podría, pues, comprenderse esta poesía sino como respuesta, personal y suya, a la incompetencia de un sistema.

Si en el puro análisis lógico del pensamiento se pretendía separar a éste del contexto de la actividad, ¿cómo no ver en esta obra poética al hombre que, tras los escombros de una guerra, se siente zarandeado por el problema de Dios, primero, abocado más tarde hacia las vías del socialismo como solución desde la pequeña burguesía que lo amamantó?

10. SCHAFF, A., *Sociología e Ideología*, Cuadernos Beta (Barcelona 1971) 15.

11. *Ibid.*, 16.

Blas de Otero no ha tenido empacho alguno en confesar su fidelidad —y también su fracaso— a unos años particularmente azarosos: *Inevitablemente fui cruzando multitudes de azares, bajo cielos turbios o zarcos, reflejé mi época y bucéé versos sin tocar fondo* (HFV).

INTERMEDIO (años cincuenta)

No es disparate afirmar que el repliegue a una especie de ensimismamiento en la generación poética de posguerra evidencia un principio de desilusión ante los fervores nacionalistas, por un lado, y un ámbito de desolación, por otro.

En 1956 puede darse por cancelada una etapa de gregaria aceptación de lo establecido y, así, es en la Universidad donde brota una fuerte protesta de independencia crítica, una oposición intelectual y política entre hombres jóvenes educados por el sistema. De esta forma el generoso intento de liberalización patrocinado por el ministerio de Ruiz Giménez (1951) se ve desbordado por la lucha callejera y la rebelión de los estudiantes.

Este intento, a que acabo de referirme, va a ser sustituido por el de una liberalización económica y un cierto proceso de desideologización. Elías Díaz ha escrito: «Alguien con relativa ironía podría decir que al "idealismo" de los hombres del 51-56 (cambio de la realidad desde las ideas, desde la ética, desde actitudes intelectuales) le iba a suceder y sustituir el "materialismo" del 52-62 (con una mayor insistencia en el cambio, siempre relativo y parcial, de las condiciones preferentemente económicas)»¹².

¿Podría ahora afirmarse que los «españoles del éxodo y del llanto» se habían llevado la canción de la tierra? La expresión que, al filo de nuestra conflagración adquiriría acento desgarrador era rectificada por el mismo León Felipe en 1958¹³. Y en prueba de su desdecirse da cuenta de Blas de Otero, como una de las voces paradas en la vieja heredad de España.

Ya es significativo que en aquella pintoresca lista apócrifa de académicos de la Lengua que Max Aub confeccionara en 1957, para recuperar del purgatorio de sus olvidos a los «heterodoxos», Blas de Otero figura como tal en la silla VII.

En este mismo año puede fecharse el fin de una ideología económica de autarquía. Y, pese al desarrollismo desideologizante, se alumbra por estos años una actividad de orientación democrática. En este sentido *Pido la paz y la palabra* (el libro de Blas de Otero de 1955) fue una expresión-símbolo para muchos españoles que durante estos años habían ido comprendiendo la necesidad de superar el contexto social y espiritual de la guerra y de la posguerra, dejando atrás definitivamente el llamado «tiempo de silencio»¹⁴.

12. DIAZ, E., *ob. cit.*, 127-128.

13. LEÓN FELIPE, O. C. *Losada* (B. Aires 1963) 955.

14. DIAZ, E., *ob. cit.*, 129.

En una conferencia a la Agrupación «Amigos de la poesía» de Valencia (mayo de 1956) Blas de Otero da esta definición de poesía social: «La poesía social es una poesía que contribuye dentro de sus propios límites a impedir o aliviar los males que afligen al hombre o al mundo en general»¹⁵.

Son estos unos años de auge del llamado realismo social en novela y todo tipo de literatura comprometida. Si la realidad se presenta erizada de problemas hay que contar la realidad. Es ésta una posición patrocinada por Adorno que, rechazando simultáneamente el sociologismo y el arte por el arte, arranca de la esencia misma del arte literario y, sin desconocer su lado de expresión individualísima, lo concibe como una estructura autónoma dentro de la totalidad histórica y social. Es ésta, en general, una visión dialéctica de la literatura.

El poeta cree haber cumplido su cometido cuando hace factible el *prodigio de la palabra reproduciendo literalmente la realidad* (HFV). Ocurre que, al subrayar demasiado ese aspecto, son no pocos los libros que sucumben por una cierta anemia del instrumento expresivo; dijérase que, a veces, la belleza y la justicia andaban enemistadas.

Asimismo se ha operado una transmutación religiosa hacia una vivencia más personal. Con un empeño autocrítico y un análisis sociológico de las formas de catolicismo. Ahora la experiencia religiosa se origina en estratos más íntimos, en franco contraste con las vivencias totalizadoras de antes¹⁶.

TRANCO TERCERO (años sesenta)

«Y como nunca se le había vigilado mucho, por inofensivo —parecía más interesado por la poesía que por la política—», etc.

(A. CARPENTIER, *El recurso del método*)

Unas inquietudes, unas ideas serán mejor comprendidas en su perspectiva si se las ve inmersas en la matriz de su tiempo. Cada época —ha escrito Manheim¹⁷— posee su aproximación intelectual fundamentalmente nueva y un punto de vista característico y, como consecuencia de ello, ve el «mismo» objeto desde una perspectiva inédita.

Años sesenta. ¿Cuál es la causa inmediata del inicio de liberación económica y cultural a la altura de los años sesenta? Por un lado, la propia dinámica interior del país tendente a una mayor coherencia, la primavera huelguística en las minas de Asturias y, por otro, la promulgación de la

15. VAL, R. DE, *Noticia de Blas de Otero. Índice de Artes y Letras*, VI, n. 96, 1956, 22.

16. ORENSANZ, A. L., *Religiosidad popular española*, Ed. Nacional (Madrid 1974) 23 y ss. Ver también de DUCASTELLA, *Análisis sociológico del catolicismo español*, Ed. Nova Terra (Barcelona 1967) 16, quien da por cancelado el período religioso de posguerra en 1950.

17. MANHEIM, *ob. cit.*, 274.

nueva Ley de Prensa el 18 de marzo de 1966 en la que quedaba abolida la censura previa y se da vía libre al «contraste de pareceres».

Son estos los años en que los poetas se sienten obligados a tomar sobre sí el silencio popular forzoso concibiendo el poema como un arma; ejercen así una representación aproximadamente mesiánica.

La aparición de algunas revistas («Atlántida», «Revista del pensamiento actual», «Revista de Occidente», «Cuadernos para el diálogo») y la influencia de la encíclica «Pacem in terris» con una exigencia de protección de los derechos humanos fundamentales y de las correspondientes libertades públicas son otras de las causas que motivan este paulatino cambio de mentalidad.

Por estos años, Blas de Otero confiesa, entre escéptico e irónico, su deseo de *participar il me semble con los de honda conciencia revolucionaria, a todo le ponéis una simple etiqueta —voluntarismo, maniqueísmo— y os quedáis tan tranquilos* (HFV).

Habrà de aceptarse, pues, que una concepción apriorística de que los cambios de las ideas deben ser comprendidos en el nivel de las ideas impediría reconocer la penetración del proceso social en el ámbito intelectual. Más aún: toda actitud teórica no es, en rigor, de naturaleza meramente individual; surge, más bien, en la atmósfera espiritual del grupo¹⁸.

Ya es sintomático que en estos años sesenta Blas de Otero saca a luz los libros de mayor preocupación social y de constante interrogatorio sobre la realidad española. Son años de efervescencia y revisión de presupuestos anteriores y sobre ellos van a incidir sobremanera los problemas comunes de esta *patria despeinada en llanto* (PPP).

El uso de determinados giros idiomáticos hasta ahora inexistentes, la ausencia de determinados conceptos antes dominantes (lo religioso, la angustia existencial), un modelo de pensamiento obseso por la convivencia española, etc., nos ponen en la pista de una nueva perspectiva en la obra de Blas de Otero.

La realidad muestra ahora perfiles de mayor complejidad; para describir el entorno de la vida española no congela los conceptos de modo unilateral, procede dialécticamente en la enumeración de los datos valorativos. Así, Bilbao, su ciudad natal, está vista como religiosa y amoral, rezadora y blasfema, eminentemente hipócrita: con una desazonante riña entre el aparecer y el ser. Poemas como *Muy lejos* de EC y *Lejos* de QTE se sitúan en esta tónica de crítica desde un cierto distanciamiento objetivador.

También el propio dinamismo de la vida intelectual permite que en estos años sesenta se cultive una rehabilitación del pensamiento español anterior a 1936 (así de la filosofía krausista e institucionalista). En el mismo decenio de los sesenta comienzan a estudiarse más profundamente las obras de Marx y a fundamentar posiciones mentales.

Recientemente se ha hablado de que estamos en la tercera «apertura» que arranca del llamado espíritu del 12 de febrero de 1974, con el rasgo significativo de que se habla oficialmente de tal apertura y ésta se formula no

18. *Ib.*, 270-271.

como aspiración de un sector, sino como espíritu de un programa de Gobierno¹⁹.

Según esta interpretación la primera «apertura» estaría acaudillada por Ruiz-Giménez y un libro —*España como problema*— fue espejo y vademecum de un gran equipo bien cuajado. Por encima de su complejidad, la segunda «apertura» reconoce un singular desarrollo económico a expensas del equipo Ullastres - Navarro, enmarcado todo él en la abarcadora reforma administrativa de López Rodó. A un hombre con visión de futuro, Manuel Fraga, se debería el clima informativo-cultural antes inédito y sólo superado ampliamente en 1974 por el oportuno liberalismo de Pío Cabanillas.

A nivel social, el fútbol sigue siendo el inveterado tonto útil de la política. Sencillamente consternadora fue la respuesta que cierto presidente de un club dio a la pregunta: ¿No cree usted que el fútbol entontece al país?²⁰. Además a los profesionales del fútbol se les presenta este chantaje —por lo demás no privativo de ellos—: ser pingüemente remunerados a condición de evitar la perversa manía de pensar salvo lo que favorezca los intereses del club; lo suyo será aceptar el papel de esclavos de lujo, de marionetas privilegiadas de la gran kermese balompédica.

Admitamos que hoy por hoy no es viable una homogeneidad en la cultura, ni siquiera en el ámbito de la llamada «cultura occidental», por mucho que se cacaree una universalización de la misma. Pero la singular estructura sociopolítica de España ya la convierten en un caso culturalmente peculiar. Existen quienes creen que, de no verificarse un profundo reajuste interior, la cultura española —que otrora contó con algunas de las cumbres de creatividad del hombre— o se hará acomodaticia o vivirá en trance de asfixia²¹.

Recientemente las bases jurídicas del derecho de asociación han merecido una adhesión general. Es verdad que supone la aceptación oficial del pluralismo político organizado, pero, ¿puede decirse que su viabilidad no les resultará a algunos impracticable? ¿por qué se suprimió en la base primera la mención al artículo 16 del Fuero de los Españoles que proclama el derecho de asociación para todos indiscriminadamente? Tan pocas pruebas de flexibilidad se ha dado que el estatuto fue calificado como «pacto de temores».

Si una rígida tecnocracia de la hora presente absorbe al hombre y lo devalúa, ¿por qué negar a Blas de Otero su derecho a soñar por una tierra en paz, por el reparto de la sonrisa, su optimismo —hasta donde lo tenga—

19. CIERVA, R. DE LA, *La tercera apertura*, diario «ABC», 8 mayo 1974.

20. RTVE, 29 noviembre 1969. Citado en *Sociología insolente del fútbol español*, de Fco. Ceredo, revista «Posible», n. 5 del 15-31 enero 1975, 42-48.

21. Ver «Cuadernos para el diálogo», extra XLII, agosto 1974. ¿Existe una cultura española? En cuya presentación se cree hacer un servicio a la cultura del país poniéndola, cuando menos, en entredicho. Se cuestiona más que la cultura española las condiciones de tal cultura: el aislamiento a que es sometida desde fuera y la censura que se implanta por dentro. No obstante, estimo que es un signo de provincianismo reducir los males de la cultura a coordenadas políticas toda vez que en la segunda mitad del siglo xx la cultura es tan problemática en todas partes. Etc.

por un mundo más acogedor; en fin, toda una justa implantación del humanismo? Ocurre que Blas de Otero no deja de expresar su persistente voluntad de adscripción a una ideología marxista: *A los 52 años sigo pensando lo mismo que Carlos Marx con la única diferencia de que le copio un poco, pero lo digo más bonito* (M). No sé con exactitud qué hay detrás de este *temoignage*, porque lo cierto es que hay que paliar enfáticamente la capacidad reformadora del ser humano a expensas de la literatura.

Ya se sabe que jamás poesía alguna estuvo tan lejos de convertirse en un bello producto de reluciente vitrina; por el contrario, la poesía de Blas de Otero ha sido y es toda una penosa y gloriosa aventura dialéctica. Y al afirmar esto estoy subrayando el carácter utópico de la misma. Ya decía el citado Manheim que «las clases sociales sólo pueden transformar eficazmente la realidad histórica cuando sus aspiraciones son encarnadas por utopías adecuadas a la situación cambiante»²².

Estimo que todo utopismo delata la infinitud del deseo, la esencial insatisfacción del hombre y esto en cierto modo ejerce su beneficiosa función catártica en medio de tanta frustración y desesperanza... Optar por una representación crítica del futuro a base de ilusión es lograr un plus de libertad frente a una estructura paralizante. Que de este proceso se desprenda o no una eficacia a nivel de sociedades es algo que incide en el terreno de lo fáctico, no en el de las ideas o sentimientos. Algo que —para decirlo pronto— sólo pueden, en rigor, discutir los políticos, no los poetas. Que la poesía de Blas de Otero quiera provocar una confrontación con la realidad no alcanza ni mucho menos a poner en entredicho esta desconsoladora carencia de inmediata utilidad a que venimos refiriéndonos.

Voy a firmar, como descargo, que no tiene por qué quedar parcelada la esperanza humana en unos supuestos crematísticos; pregunto a ver cuántos poetas hay hoy como Blas de Otero tan activados por el poder de una palabra capaz como pocas de insuflar en el lector una conciencia colectiva de la situación, increíblemente sanguínea, difícilmente permeable al *stablishment*.

También ahora, coincidiendo con los nuevos procesos de urbanización e industrialización, encuentra cabida una religiosidad comprometida y de sutil agresividad.

Creo que a partir de los años sesenta la poesía de signo realista se vuelve parcialmente anacrónica, aparte de que el desarrollo de la sociedad junto a una trivial aspiración al confort le hacen perder a aquélla su sentido de totalidad.

Ya al borde de la década de los años setenta Blas de Otero confiesa, malhumorado, encontrarse en el *inefable Madrid, infectado por el gasoil, los yanquis y la sociedad de consumo* (HM).

Si la utopía nos permitiera escapar al «terror de la historia», a su irreversibilidad e imprevisibilidad, bienvenida sea la utopía.

En *Mientras* —libro publicado en 1970— ha ofrecido estos versos definidores:

22. *Ob. cit.*, 211.

*Dentro de poco moriré. / He caminado junto al hombre. /
Participé sus arduas luchas. / Muchos han sido los fracasos;
muchas / más las conquistas que no tienen nombre. /
Sé que he vivido intensamente. / (Demasiado intensamente).
Enfrente / está el futuro: es todo lo que os dejo (M).*

Cuando el futuro llegue, la utopía se pondrá de nuevo a alimentarnos nuestra hambre de perfección y seguiremos esperando. Simplemente esperando.

C O D A

Está claro que el hombre y sólo él busca verdades, ya que no la verdad, a la medida de su nostalgia.

Por mucha iconoclastia que lleve esta poesía, por cegador que sea el resplandor *anti* que desprende, ante nosotros ha aflorado la ineludible verdad de que el hombre está abierto al pasado como historia, al futuro como esperanza dinamizadora y, sobre todo y de modo simultáneo, en respuesta a su constitutiva esencia humana, a la realidad fundante y última de Dios.

No dudamos un momento en afirmar que un humanismo digno de tal no puede encorsetarse en los estrechos límites del hombre a no ser que atenemos contra el hombre mismo. La alusión o explicitación a la trascendencia, lejos de yugular sus contenidos, los enriquece y potencia más allá de toda servidumbre.

Afirmamos un humanismo en que Dios y la naturaleza encuentren el marco adecuado de actuación e interrelación.

Por nuestra parte nos hemos ido limitando a señalar sentimientos, ideas, instrumental estético, compromisos sociológicos, toda la varia gama de deseos y frustraciones que están poblando el alma de un hombre, aquí y ahora.

Nos duele esta palabra por su desvalidez frente al futuro. Amamos esta palabra a despecho del programa de redención política que pretende ilustrar. Y constatamos que, pese a su poderosa garra dialéctica, va un poco herida de soledad hasta en el ala izquierda. Lo más puro de su entraña poética seguirá volando con la historia, lo otro tal vez reclame una ortopedia de ocasión a tono con el tiempo, pues que tampoco aspira a fruto intemporal.

Que teorícemos o no, vuelven a dolerme redobladamente las ruinas de este sueño tan hermoso y tan mítico: un día lo mejor acaecerá y lo esperamos: como una anticipación escatológica, los creyentes, como un dorado paraíso de igualdades, los marxistas. Ambos a dos, tocados de utopía y presunción.

Ahí está el mundo, hace mal tiempo y es siglo veinte: una lástima.

Pero tú no disimules tu simpatía, no disimules tu esperanza.

JOAQUIN GALAN